

2-99  
2-28

Jugueteos etimológicos. El caramillo y el calamar.  
mar. ("El Cofre Ilustrado", Caracas (Venezuela)  
15 octubre 1903).



### Jugueteos etimológicos

EL CARAMILLO Y EL CALAMAR

En no pocos tratados científicos suele ponerse antes de la indispensable é imprescindible definición de un concepto, la etimología del vocablo con que lo expresamos, y parece ser que hay quien cree de buena fe que semejantes etimologías sirven para algo sustancial.

Me gusta respetar todas las opiniones sinceramente profesadas, sin que esto implique, por mi parte, que pretenda se me respeten las mías, ya que yo, aun siendo quien las profeso, las respeto muy poco; mas á pesar de ese mi gusto en respetar las ajenas opiniones, no consigo tomar en serio la de que la etimología de un vocablo sirva para definirlo mejor. Son tales, en efecto, los tumbos, esguinces, volteretas y giros que va dando el sentido de ciertas palabras, que las hay á las que no conocería al cabo de unos siglos ni la madre que las parió.

Precisamente por no conseguir creer en la utilidad de las etimologías fuera del campo de la lingüística, ni haberme acabado de convencer de que el conocimiento del origen de un vocablo sirva más que para estudiar cómo se originan los vocablos, precisamente por esto me atrae y me divierte todo lo que á la etimología se refiere.

Es, además, uno de los campos en que más se dispara, y en el disparate es donde mejor brilla y se ejercita el ingenio humano. Quien desee conocer lo más exquisito de la inventiva humana y medir todo el alcance de nuestra más noble facultad anímica, de la más consoladora y liberadora, la imaginación, debe ir al campo de los disparates. Etimologías hay hoy, sacadas con todo rigor científico, y con sujeción á las más estrictas leyes fonéticas y analógicas, que dejarían tamañita á la ya famosa de Voltaire, que sacaba, en broma, el francés *cheval* del latín *equus* cambiando la *e* en *che* y el *quus* en *val*.

RECOGIDO EN "De est  
y de aquello" tomo



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA



Yo no sé cómo no se meten por el amenísimo y fecundo campo de las etimologías todos esos ingenios de tercer orden que andan buscando retruécanos, *calembours*, juegos de palabras, chistes de los intraductibles, chistes de vocablo y no de concepto.

Pues si para algo sirve la ciencia, es muy principalmente para excitar á nuestra imaginación á que forme metáforas ó invente graciosos contrastes y comparaciones, mostrándonos entre los objetos relaciones y enlaces que no vemos á nuda inspección sin el auxilio de aquélla.

Increíble parecerá tal vez al lector, que todas estas consideraciones casi filosóficas sirvan de introducción á unas notas acerca de las relaciones que median entre el caramillo y el calamar. Y vamos al caso.

A la caña se le llama en latín *calamus*, y todos mis lectores conocen, sin duda, la frase aquella de *calamo corrente*, al correr de la caña, ó sea de la pluma, porque los romanos escribían con cañitas. En esto soy romano — *cives romanus sum*—y puedo con toda propiedad decir *calamo corrente*, porque uso cañas á guisa de portaplumas, y es artefacto que recomiendo á mis lectores. Son, en efecto, los portaplumas más baratos, los más ligeros, y más cómodos y los más limpios. Para obtenerlos basta con cortar un trozo de caña bien seca y del grueso que se desee, é introducir por uno de sus extremos otra cañita más delgada que á ella se ajuste, colocándola entre las dos la pluma. La caña puede limpiarse, y esta es una de sus ventajas.

Usaban los romanos, como digo, cañas ó *calami* para escribir, como se ha usado hasta no mucho plumas de ave, y como esas cañas las colocaban en el tintero, se le llamó á éste «cañero» — como si luego se le hubiese llamado «plumero» —, esto es, *calamarium*. *Calamarium* es, en efecto, el nombre del tintero en bajo latín, y de aquí el italiano *calamaio*, que significa tintero.

Y luego se trasladó metafóricamente el nombre «tintero», *calamario*, al jibión ó *calamar*, al animal marino que se defiende bravamente de sus enemigos emporcando con su tinta el ámbito en que vive, y huyendo merced á esa porquería, símbolo vivo del escritor que con su tinta debe también defenderse. Verdad es que al pobre calamar ó tintero metafórico, que con su tinta se defiende, lo cocemos también en su propia tinta, como en su tinta se le cuece al escritor.





los  
logios.

Es curioso que si el calamar endereza y pone derechos sus tentáculos, no dejan de parecer estos *calami*, cañas ó portaplumas colocadas en su tintero. Y no es la forma del calamar una de las menos apropiadas para un tintero.

La etimología popular supone que calamar deriva de *cala-mar*, porque el buen tintero vivo cala los mares; mas acerca de esto de las etimologías populares, digresionaré otro día.

Del mismo *cálamo*, caña, salió *calamillo* ó *caramillo*, cañita, la flauta rústica que se hace con una caña, agujereándola en ciertos puntos. Y así se ve el parentesco que existe entre el *caramillo* y el calamar, sirviendo la caña de término de enlace.

También se llama *caramillo* á un «montón de algunas cosas mal puestas unas sobre otras», según la Academia, y *caramillo* es, según la misma corporación, un «adorno de cabeza á manera de mitra ó sombrero, usado por las mujeres de Asturias y León». En todo esto se trata, sin duda, de montón, que era primitivamente de cañas, y de un adorno de ellas. En esta provincia de Salamanca gastan las mujeres, durante la siega, unos grandes sombreros de paja.

Esto me recuerda el cañizo, las construcciones de paja que cubren los techos y de que se hace algunas chozas. Y tanto es así, que en francés, en que *calamus* ha dado *chaume*, á la choza se le llama *chaumière*, palabra equivalente, por la forma, al calamar. Y en castellano mismo, ¿no tendrá nuestra palabra *encaramarse* un génesis análogo? Acaso *encaramarse* no sea otra cosa que *en-calamarse*, subirse á las cañas, como si dijéramos, subirse á la parra.

Y considerando que los techos de las bañías y primitivas construcciones rústicas eran de caña, *encaramarse* ó *encalamarse*, sería subirse á tales techos. La Academia quiere derivar *encaramar* de *caramillo*.

Y aún nos queda el *caramelo*. El cual *caramelo* deriva del bajo latín *calamellus*, que no es otra cosa que un diminutivo de *calamus*, siendo, por lo tauto, el *caramelo* una cañita,

sin que tenga que entrar aquí, á mi entender, el *canamella* ó cañamiel, como la Academia quiere.

Considere, pues, el lector, si es que suponía parentesco espiritual entre el *caramillo*, el calamar, el *caramelo* y el acto de *encaramarse*, y dígame luego si hay cosa más divertida y amena que esto de las etimologías.

